conocía por sus cartas su ingenio vivo, variado, lúcido, en el cual se aunaban las más bellas facultades del pensador y del artista, con un corazón vibrante de afecto y de entusiasmo, en el que el amor ardiente y altivo de la propia patria parecía encender en vez de sofocar el afecto y la admiración que sentía por la mía.

Cada vez que mi pensamiento vuelve á Buenos Aires, le hallo entre los primeros amigos, le veo junto á mí á cada paso, oigo sus buenos consejos, sus amistosos estímulos, sus discusiones llenas de espontaneidad y de ideas.

Su saludo fué el primero que oí al desembarcar, él fué el último á quien abracé en la hora triste de la despedida. Desde entonces no volví á oir su voz sino cuando me anunció la muerte de uno de sus hijos, que era mi predilecto; y digo oir su voz, porque su carta era tan profundamente desgarradora, que el eco de un grito suyo ó de un sollozo, no habría conmovido más mi alma.

Hoy me llega otra vez su voz al corazón, y es para darme un adiós supremo. ¡Adiós, sí, mi querido, mi inolvidable López!

---

## II

Leopoldo Marenco.—Conrado Corradino.—César Lombroso.—Cristóbal Negri.—Angel Mosso.—Lorenzo Stecchetti.

AÑOS hace que ya no habita en Turín Leopoldo MARENCO, el autor de la *Celeste*, del *Falconiere* y de un centenar de obras entre dramas, tragedias, comedias é idilios, escritos en los versos más fluídos y más dulces que jamás hayan resonado en la escena italiana. Va errando de ciudad en ciudad. Cuando era joven tenía la presencia de un arrogante Oficial de caballería, alto, elegante de formas y en el traje, rubio, gallardo, alegre, amabilísimo. De la belleza juvenil no le queda más que los ojos color de cielo, antiguo amor de las jóvenes poéticas, y el color delicadamente sonrosado, que unidos á los níveos cabellos, le dan la apariencia de un querubín enve-

jecido. Amó y ama todavía la vida divertida, fué pródigo, tuvo muchas desventuras domésticas, en las cuales le consolaron sus muchos y fieles amigos.

Es un gran trabajador peripatético; compuso casi todas sus obras paseando y conservándolas en la memoria desde el primero hasta el último verso. Recitó varias veces y bastante bien. Es un cocinero *aficionado* de primer orden, y no menos valiente en la mesa que en la cocina. Se rejuvenece entre los amigos, y más aún en compañía de las señoras; y entonces, en sus grandes ojos azules, brilla el gozo de los triunfos antiguos y relampaguean ideas de nuevos dramas que luego no traduce en actos. Ultimamente se ha aproximado al socialismo; pero, según creo, sin entrar en el partido militante. Hace algún tiempo que ya no da nada á la escena, quizás porque le resulta difícil una transformación que, sin embargo, reconoce como necesaria. Pero muchas de sus obras tienen aún vida vigorosa y la conservarán por largos años.

Pocos de los demás autores italianos tuvieron carrera tan brillante, feliz y envidiada como la suya. Mas quizá le perjudicaron sus grandes éxitos juveniles, porque tenía en sí fuerza bastante para llegar á ser más variado y más profundo de lo que fué, y no se aprovechó de todo ello.



Y, así y todo, su teatro tiene el color de sus ojos.

*
* *

Otro poeta piamontés, que se ha pasado con armas y bagajes á las filas del socialismo, es Conrado CORRADINO, profesor de Bellas Letras en un Liceo, igualmente conocido por sus obras líricas que por sus conferencias, predilectas unas y otras de las señoras y señoritas, de quien fué el ídolo durante muchos años, tanto por lo exquisito del sentimiento y por la gracia de la palabra, como por la elegancia de la persona.

Esta adoración femenina ha disminuído un tanto desde que sobre su hermosa cabeza morena comienza á caer la escarcha de los cuarenta, y más aún, después de su profesión de fe socialista, que fué seguida de un laborioso y valiente apostolado, por el cual más de una vez corrió el riesgo de ser encausado y recluído.

Corradino habría sobresalido más en el

arte, si por las necesidades de la vida no hubiera estado ligado á la cátedra, la cual, además de limitarle el tiempo y la libertad del pensamiento, ha echado sobre su ingenio y sobre su modo de escribir y de hablar una ligerísima sombra de convencionalismo académico. Pero su naturaleza rebosa tanto afecto y entusiasmo, es tan rica su facundia de orador, que no deja advertir aquel defecto sino á los observadores más sutiles. Tiene la profundidad de sentimiento de un piamontés, la alegre viveza de lenguaje de un meridional y la hermosa pronunciación de un toscano. Los años y las nuevas ideas han cambiado por completo los hábitos de su vida: hoy se encierra por completo en sus estudios y en su familia.

Con la fe socialista ha entrado en él una nueva fuerza que dará ciertamente frutos espléndidos. No conozco otro hombre en quien esa fe haya producido efectos morales más admirables: esa fe le ha hecho más afectuoso, más bueno, más sencillo, más fuerte, no sin que también le haya producido calumnias y amarguras sin cuento.

Sin embargo, sus discípulos no le acarrearon sinsabores, le aman como siempre le amaron, porque siempre encontraron



en él un profesor sin par y un noble educador.

Está preparando ahora la publicación de muchas cartas inéditas é interesantísimas de la Condesa de Albany, la célebre amiga de Víctor Alfieri, llegadas de modo muy extraño á sus manos.

***

Pongo entre los escritores turineses á César Lombroso, lombardo, porque vive en esta ciudad hace veinte años. El famoso psiquiatra es un hombre pequeñito, un tanto encorvado, que anda á pasitos menudos, arrastrando los pies, como si temiese resbalar, y tiene un rostro fresco y sonriente, con dos hoyos en las mejillas que le dan un aire infantil originalísimo. A nadie que esté á su lado sin conocerlo, le pasará por la cabeza que aquel hombrecillo jovial y por muchos respectos muy ingenuo, sea el terrible autor de *L'uomo* y de *La donna delinquente*, que ha palpado en lo que lleva de vida más cabezas de ladrones y de asesinos que cigarrillos hemos fumado nosotros. Lombroso habla de todos los horrores que ha visto y ve con la misma serenidad con que un flo-

ricultor habla de sus flores. Su conversación produce mayor estupor de lo que uno puede imaginar. Después de haberle oído discurrir una hora, os parece que habéis corrido durante todo un día de la cárcel al manicomio, del hospital al depósito de autopsias, de la sala de lo criminal á *la corte de los Milagros* y os queda en la mente una visión espantosa de cráneos, de manos ensangrentadas, de rostros de hipnotizados, de apariciones de espíritus, de monstruos de toda naturaleza y de todas formas.

Su casa es un museo de cosas tremendas. Su memoria es un inmenso almacén de observaciones, datos, biografías, tipos humanos extraordinarios y variadísimos, con alguno de los cuales parece que ha vivido largo tiempo en la más íntima familiaridad. Es un trabajador infatigable, capaz de llevar adelante al mismo tiempo diez tareas de índole completamente diversa.

Aun en estos momentos en que, quebrantado por una enfermedad gravísima, que quizá haga necesaria una operación quirúrgica de las más peligrosas, Lombroso escribe, da sus lecciones en la Universidad, visita cárceles, asiste como perito en los



procesos, pronuncia conferencias, demostrando una fortaleza de ánimo verdaderamente heroica.

De joven tuvo varios desafíos; los años y la familia, á la que ama con tiernísimo afecto, han apaciguado y casi transformado su temperamento. Propende ahora á la idea socialista, y por esto se ha engrosado la falange de sus enemigos, que son numerosísimos y encarnizados; pero que no consiguen turbar en lo más mínimo la serenidad laboriosa de su vida.

***

Lombardo también de nacimiento, pero turinés por elección, es el más que octogenario Cristóbal NEGRI, separado hoy del mundo por una sordera casi completa. He dicho turinés por elección, refiriéndome á la residencia, porque en la índole, en el humorismo, en el acento, Negri ha seguido siendo un lombardo purísimo, lo mismo que continuó siendo siempre literato á través de las variadas ocupaciones que fué teniendo: de la Secretaría particular de Cavour á la presidencia de la Sociedad Geográfica, á la Inspección general de Consulados, á

las funciones de representante de Italia en no sé cuántos Congresos internacionales.

De obras literarias no deja más que la *Storia politica dell'antichità paragonata alla moderna*, que no me arriesgo á juzgar. Quizás le impidió el escribir más el haber hablado demasiado. No conocí en el mundo un monologuista con más facundia que él sobre todos los asuntos. Se nombra delante de él un planeta, un explorador africano, una montaña ó un río cualquiera del viejo ó del nuevo Mundo: Negri es capaz de improvisar una conferencia astronómica, biográfica, geográfica ó histórica, en la cual os descarga encima tanta erudición, que estaréis una hora con la boca abierta. Y la erudición de Negri se alia con un lenguaje cómico, con salidas tan inesperadas como originales, que no da lugar á aburrirse un momento.

Es maestro en trazar con la palabra retratos en caricatura.

Hasta su figura es singular: un hombrón de robustísima fibra, con rostro negro y lampiño, armado con una nariz de pico de águila, que se encorva sobre una boca pequeña de labios afilados y llenos de agudezas, de los cuales sale una voz estridente



y ruda, ayudada por una mímica de movimientos bruscos y amplias maneras profesionales.

En su casa, como en su imaginación, se encuentra algo de todas las regiones del mundo; entre otras cosas, un preciosísimo tesoro epistolar de todos los viajeros más célebres de todos los países. La sordera en estos últimos años ha mudado su humor, que de festivo se ha hecho triste é irritable.

Pero en sus mejores años fué un hombre de trato agradabilísimo, expansivo y bueno, dígase lo que se quiera, con sus viejos amigos y con los jóvenes que recurrían á él para aprender ó aconsejarse.

Hoy día está casi olvidado y hasta sus facultades intelectuales, desgraciadamente, se van extinguiendo con rapidez.

*
* *

Anotaré también, antes de dejar el Piamonte, á Angel Mosso, el autor de *La Paura* y de *La Fatica*, uno de los fisiólogos más sólidos de Italia, y de los más felices vulgarizadores de la ciencia.

Es uno de esos hombres cuya vida fué

una ascensión continua, una serie no interrumpida de ásperas batallas, coronadas todas por la victoria.

Hijo de un carpintero, conoció en la niñez y en la adolescencia todas las durezas de la pobreza, hizo sus estudios á costa de indecibles sacrificios y de heroicos esfuerzos de voluntad, conquistó su campo palmo á palmo. Conocido ya y estimado como fisiólogo, pero privado de cultura literaria, quiso llegar á ser escritor, y también lo consiguió.

Para quien le conoce de cerca es objeto continuo de maravilla.

Lo que Gœthe decía de Schiller, que de ocho en ocho días le encontraba más cercano á la perfección, puede decirse también de Mosso, hasta cierto punto. De semana en semana le encontraréis más culto. Su imaginación está perpetuamente de caza, todo lo aferra, de todo se aprovecha, con todo nutre su espíritu. Mosso está dotado en sumo grado de lo que Taine llamó la facultad de *salirse de las propias facultades.* Habla con igual facilidad el francés, el inglés y el alemán; hace investigaciones y descubrimientos fisiológicos, está á la mira en todas las ciencias, y siempre ha leído ú



oído la última novela ó la última comedia de que todos hablan. No tiene aún cincuenta años, conserva toda la flor de sus fuerzas físicas é intelectuales, es el movimiento perpetuo en persona, trabaja en todo, de todo sabe, estudia las cosas y los hombres bajo todos sus aspectos, y hace trabajar la imaginación de cuantos se le acercan.

Rasgos físicos característicos: una gran nariz audaz de conquistador y dos ojos pequeñitos, sonrientes y muy vivos, que ven cien cosas en un momento y os escrutan hasta lo más profundo del alma. En cambio, sabe esconder su propio espíritu. Bajo las bellas cualidades, que no le faltan, de cordialidad, de cortesía, de amistosa jovialidad, tiene, sin embargo, un *yo,* ó una gran parte de su *yo,* que ni aun sus amigos más íntimos consiguen atrapar. De poco tiempo á esta parte se ocupa con gran ardor del problema de la educación física de la juventud, y no dudo que también prestará en este campo útiles servicios á su país.

* *

Y ahora pasemos á la Romaña. En primer lugar, tenemos á Lorenzo STECCHETTI. Es necesario ir á desenterrarlo á su biblio-

teca de la Universidad de Bolonia, donde siempre se está seguro de encontrarlo. También es éste un hermoso romañolo, sólido y vigoroso, por más que no esté lejano de los cincuenta. Pero aquel que al aproximársele, crea volver á encontrar al poeta de *Póstuma,* se engaña. En sus modos y en su conversación no se encuentra más que al crítico y al motejador: ninguna expansión, una fría compostura, una sonrisa irónica, una finísima burla, aire de desengaño y de indiferencia por todo.

El gran ruido que en torno suyo se hizo, ha cesado desde hace algunos años, y él parece estar contentísimo de ello. Diríase que es un hombre que se ha secado con su fama. Jamás responde una palabra á sus admiradores, ni aunque se le escriban tres cartas certificadas una tras otra, y no pondría una línea en un álbum aunque le dieran su propio peso en oro. Y, sin embargo, todavía existen llamas latentes en él, que á raros intervalos estallan: en estos últimos meses ha escrito y publicado, bajo un seudónimo, algunas hermosas y terribles poesías contra la hipocresía religiosa, la reacción y la corrupción invasoras.

En el fondo es socialista; pero no tiene



bastante fe para alistarse en el partido; á más de que teme, no sin razón, que le envíen de bibliotecario á cualquiera isleta del mar Tirreno, donde el clima no sea favorable para su salud. La vida intelectual de Stecchetti se reduce actualmente á los estudios de erudición, que siempre fueron sus predilectos; pero de la vastísima cultura que posee no hace alarde ninguno, no tanto por modestia, cuanto en parte por abandono, y en parte, por su vivísimo aborrecimiento de toda ostentación y de toda pedantería. Me causa el efecto de un hombre que ha llegado á ser célebre á despecho suyo. Y no es este uno de los últimos atractivos de su compañía.

Hablando con él me parece tener delante dos Stecchetti: el uno, el poeta aclamado; una larva que ya no da signos de vida, y el otro, el Stecchetti vivo, que me muestra al primero, sonriendo, como un viejo traje de Carnaval, que le recuerde las alegres locuras de la juventud.